

# EL TESORO.

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y TEATROS.

8 REALES TRIMESTRE. | INSTRUCCION—RECREO.—UTILIDAD. | 15 REGALOS CADA MES

SUMARIO.—Fantasías, por don J. M. Marin.—Tiranía, por don M. J. Ruiz.—La Esperanza, poesía, por la señorita doña Josefa Crespo.—Pensamientos, por don Gregorio Barragan.—Cantares, por don J. F. Sanmartin y Aguirre.—Melancolía, por don M. J. Ruiz.—El amor de las flores, poesía, por don Julio Eguilaz.—El Ultimo suspiro, por \*\*\*.—Miscelánea.—Charada.

## FANTASÍAS, POR J. M. MARIN.

(Continuacion.)

### SEGUNDA PARTE.

#### FANTASÍAS DORADAS.

##### II.

##### Las espigadoras.

Es el crepúsculo de la tarde.

Julio toca á su fin y el aire quema.

Por un estenso campo, donde pocas horas antes ondulaba un mar de doradas espigas, que cayeron al filo de los corvos hierros de una falange de segadores, vaga, á su vez, envuelta en el ambiente de los últimos suspiros de la tarde, una cuadrilla de morenas *espigadoras*.

Sus ojos son negros, su tez tostada, su boca encarnada y sus dentaduras tienen una limpidez sin rival, como mujeres del Mediodía.

Diseminadas por la llanura, vistiendo cortos refajos rojos y amarillos, medio sueltos sus negros cabellos por los juegos del aire ardiente, engalanadas sus sienes, en vez de flores, con espigas cuyos hilos esmaltan los postreros fulgores del astro-rey... aquellas mugeres de la naturaleza

parecen la escolta ó las mensajeras de la próspera Céres!

Descúbrese una espiga solitaria!

¡Allá vá la bandada femenina!

¡Dichosa la que la coje!

¡Cuán graciosa es su carrera!

¡Cuán revoltosas, cuán indiscretas sus cortas faldas!

¡Cómo tiemblan sus vírgenes pechos!

¡Qué risas y qué estruendo!

Cuando el bullicio se calma suele elevarse repentinamente de entre ellas una voz clara y vigorosa, lanzando al espacio, como un *adios!* al día que concluye y un saludo de esperanza á la noche que llega, este ú otro parecido cantar:

«Estoy mirando una espiga

»Que miles de granos guarda;

»Y yo exhalo, espigadora,

»Mas suspiros por tu cara!»

Están solas.

Todas se rien y aplauden á la *cantadora*.

Luego, reunidas, alegres y rebosando salud y vida, emprenden el camino de la aldea.

Allá, lejos, aguarda.

Destacándose en el horizonte como un faro cariñoso del hogar se vé el modesto y pardo campanario de la capilla del pueblo...

Las mozas prosiguen su marcha entre juegos y cantares...

De improviso resuena detrás de una colina el galope de un caballo.

Todas se miran y se detienen.

A poco aparece un bridon negro como la sombra, salpicado de espuma, y regi-



do por un ginete cuyas aceradas espuelas gotean sangre!

Es mozo, y viste con riqueza y lujo...

Es el hijo de un *señor*: el libertino de las grandes ciudades...

Al ver el grupo de las hermosas campesinas, detiene su irritado caballo y tras una leve contemplación, les dice:

—¿A dónde van las zagalas?

—Vamos al lugar: ¿qué quiere el caballero?

—Quiero... *quererlas* mucho!

—Seguid vuestro camino y no os burleis de las hijas del campo: las ricas damas os aguardan con sus *afertes y postizos*! ¡no son para vos las mugeres de la llanura! ¿no es verdad, Lola? ¿no es verdad, Maria? ¿no es verdad, Mercedes? dijo alternativamente la que hablaba, dirigiéndose á sus compañeras...

—Sí! sí! contestaron todas: es una burla! ¡que se vaya y nos deje el *señor*!

—Y tú ¿qué dices? ¿no es verdad que debe dejarnos, Flora?

Durante este interrogatorio el negro caballo piafaba y el viajero se sonreía!

Flora, la muchacha virgen, la de mirada lánguida y megillas con lunares, miró al ginete y calló.

Aquel silencio llamó la atención del incógnito.

Todas las mugeres empezaron á desfilar, diciéndole al hombre del caballo:

—¡Buen viaje, señor!

Al pasar junto á él Flora, el ginete se inclinó sobre el cuello de su troton, y le dijo al oído:

—Eres muy bella y te amo: dentro de dos horas estaré junto á la *fuenta de las Acacias*!... ¿irás?...

Flora alzó la encendida frente y le miró... haciendo un imperceptible ademán de asentimiento y corrió á reunirse con sus compañeras.

—¡Adelante, Rayo! gritó el mancebo picando al noble bruto que montaba; ella irá, sí; irá! ¡bien haya el azar que por aquí me trajó!...

La luna se oculta detrás de densas nubes.

El tiempo pasa.

Detrás de las *Acacias* resuena bajo el manto de la noche, el relincho de un corcel.

Breves instantes después se escucha el eco de una voz varonil que dice con la entonación del triunfo:

—¡Vida mia!

Pero nadie respondió á su voz.

Y pasaron las horas.

Y el joven *señor*, que soñó una noche de venturas, devoraba la hiel del deseo en los arranques de una ira innoble.

El ángel de su guarda había velado por Flora.

Y Flora no quiso que nada manchase la blanca y virginal corona con que adornaba sus cabellos en el día de fiesta.

El joven señor huyó avergonzado, entre las últimas sombras de la noche.

Ya no podrá esclamar, como una estrofa más del himno impuro de sus farsas de amor:

«Cortesanas del gran mundo, alegraos! ya teneis una nueva compañera.

Brindad la última copa de la orgía de esta noche á la futura *Traviata*!»

El dulce querube que guarda desde el cielo el candor y la inocencia había entonado en cambio un cántico de alegría y de triunfo.

¡Flora se había salvado!

(Se continuará.)

## TIRANÍA.

No se asuste usted, señor fiscal, al leer la espeluznante palabra que sirve de epígrafe á estas líneas; nada más distante de mi ánimo que el invadir el *terreno vedado*.

Sí, señor: el hombre, desde el momento en que viene al mundo hasta el en que lo abandona, es víctima de la más cruel de las tiranías.



Yo me río á mandíbulas batientes de cuantos dicen que el hombre es el ser libre por excelencia, de cuantos se proclaman á boca llena partidarios de una libertad sin restricciones, porque esto equivale nada menos que á tocar el violon.

¡Libre el hombre!... ¡Bobada!

Cualquiera que sea su posición social; por instruido ó ignorante que sea; tenga estas ó las otras inclinaciones; profese estos ó los otros principios, no es otra cosa que un miserable esclavo

Ni pública ni privadamente procede en nada con holgura y desembarazo. Ligado á la familia y á la sociedad en general por vínculos estrechísimos, no puede moverse con independencia; y en sus afecciones, en sus deseos, en sus intereses, hasta en sus propios cálculos no puede menos de sujetarse á la ley de la *necesidad*.

¡La *necesidad*!

He ahí el tirano del hombre.

Esclavo de la *necesidad*; encadenado por ella; impotente para rebelarse contra sus mandatos, no tiene mas remedio que tascar el duro freno de la servidumbre y ser, de buen ó mal grado, servil juguete de la *necesidad*, á cuya tiranía se vé obligado á subordinar todos sus planes.

La *necesidad* se presenta hoy bajo las formas de un gaban nuevo ó de unas botas que sustituyan á las que el uso nos ha puesto inservibles, y mañana se nos exhibe disfrazada de casero ó de prestamista; y esto aparte de sus diarias exigencias en forma de alimento. ¿Quién se juzgará libre ante ella?

Entre todas las tiranías no hay ninguna tan abrumadora como la de la *necesidad*. La *necesidad* es quien dispone del hombre, y ante ella se humilla éste, cualquiera que sea su gerarquía, como miserable siervo.

La humanidad se halla, pues, bajo el cetro de hierro de la *necesidad*.

M. J. Ruiz.

## LA ESPERANZA.

—  
A MI APRECIABLE Y RESPETABLE AMIGO

EL ILUSTRADO ESCRITOR

SEÑOR DON AGUSTIN GONZALEZ RUANO.

Desesperado camina

Hacia la desierta playa

Un hombre en veloz carrera

En noche triste y nublada.

Cruza en el éter sombrío

Del relámpago la llama,

Y por los aires resuena

El eco de la borrasca.

Al pié de un abismo inmenso

Detiene el hombre su planta,

Pues las olas de su seno

Embravecidas estallan.

Vacila, pero rugiente

La tempestad de su alma,

Cual la que ruge en los mares

Enfurecida se alza.

Es un hombre que perdió

La luz de la fé sagrada,

Y que busca en el suicidio

El término á su desgracia.

Inclina el cuerpo cansado

Para arrojar en el agua;

Pero escuchó en el espacio

Pronunciar estas palabras:

«No en ese abismo profundo

El fin á tus penas hallas,

Que para encontrar la dicha

Se sube por otra escala.

Es una escala brillante

Que hermosos fulgores lanza;

Es bálsamo bendecido

Que Dios al enfermo manda.»

Escuchó el hombre turbado

La voz dulcísima y santa;

Detuvo el pié, y en los cielos

Vió la luz de la *Esperanza*.

Josefa Crespo.

Córdoba.—1868.

## PENSAMIENTOS.

—  
LAS CUATRO ESTACIONES DEL HOMBRE.

*Primavera.*

La primavera de la vida del hombre,  
es la infancia.

La de un amante, las miradas y señas  
de su amada.

La de las plantas, el despunte de sus  
hojas.



La de un pretendiente, las cartas de recomendacion.

La de la pollita, el primer vestido de cola.

La del político de oposicion, los rumores de crisis ministerial.

La de un literato en ciernes, la primera produccion que vé la luz pública con su nombre y apellido.

La de un estudiante, el dia que no tiene clase.

La de un crítico, el anuncio de una obra nueva.

La del militar, el ascenso inmediato.

La de los recién casados, el primer vástago fruto de su union.

La del empleado, la noticia de una buena vacante.

La de una madre, el primer diente que le sale á su hijo.

La de un pollo *cursi*, el estreno de una prenda.

La de un náufrago, el cañonazo de auxilio.

La de un sacristan, las bodas, los bautizos, los entierros y las novenas.

La de un poeta, su edad de ilusiones.

La de un artista, el encargo de una obra.

La un autor, la concepcion de un pensamiento.

Y la mia, la que ustedes designen.

Otro dia continuaremos con el *verano*.

*Gregorio Barragan.*

### CANTARES.

Tú dices que no te quiero  
Porque no te digo nada;  
¡Ay! lo que oculta mi lábio  
Lo descubre mi mirada!

En su sepulcro, madre  
Crecieron flores,  
Que regué con el llanto  
De mis amores;  
Madre, con calma,  
Yo las ví marchitarse;  
¡Pobre de mi alma!

Niña de dulce mirada,  
Jamás pierdas tu ilusion,  
Que ilusiones son las flores  
Que emanan del corazon.

*José F. Sanmartin y Aguirre.*

Valencia.—1868.

### MELANCOLÍA.

(Conclusion.)

V.

La felicidad es una quimera, la mas brillante de todas las utopias.

El placer es un fantasma que ciñe nuestras sienas con una corona de fuego; y ese fuego, terrible como el del infierno, enerva nuestras fuerzas, seca en el corazon las fuentes del sentimiento, y nos consume, y nos mata.

La felicidad, si acaso existe, ha sido para mi corazon una planta exótica: jamas ha podido aclimatarse en él.

El placer, mariposa de brillantes matices, pero como las mariposas voluble, iluminó solo un momento los horizontes de mi alma: cruzó por ella ráudo como la chispa eléctrica.

Ay! aquella muger tan vaporosa, tan bella, tan espiritual, que en la ribera del Bétis murmuró á mi oido una palabra de inefable ternura, una palabra mágica que inundó mi alma de celestial fruicion, habíame arrebatado las blancas ilusiones de niño y vertido en mi corazon vaga, inexplicable melancolía!

Ay! aquella muger, al abandonarme, habia estendido en derredor de mí las sombras de la muerte!..

Cada vez que mis lábios imprimen un ósculo en la corona de blancas rosas que me dejó, mi corazon aspira un tósigo letal... ¡Aquellas flores sin perfume están envenenadas con la hiel de la melancolía!

¡Angel de la tristeza, hermano mio! no te apartes de mi lado!... ¡Debe ser muy bello, muy poético morir bajo tus alas



evocando el misterioso recuerdo de una muger sin nombre, pensando en el amor del ser ideal que nos sonríe en nuestros sueños, suspendido entre el cielo y la tierra!

¡Ay del que llora! ¡Ay del que siente melancolía!

## VI.

¡Qué bellos deben ser los sueños del poeta! dicen los que no llevan en su frente la chispa del genio.

Oid, profanos.

La vida del poeta es un sueño continuo, pero un sueño que consume, que mata... El poeta, en el eterno delirio que lo devora, crea seres de magnífica belleza, á los que les dá su vida, á los que ama con efusion. Pero cuando llega la hora del desencanto,—porque la naturaleza del poeta es igual á la de los otros hombres,—busca en la tierra las copias de los seres que creó, y cuando no las halla, sufre, padece y llora; y las lágrimas del poeta son gotas de fuego que secan sus ilusiones!

¿Es verdad que deben ser muy bellos los sueños del poeta?

A vosotros los que envidiais la *felicidad* del poeta, os daría mi corazón, si fuera posible arrancármelo del pecho.

Qué feliz sería yo entonces!...

¡Arrancarme el corazón!... no, no!...

El corazón, que es donde vive *ella!* El corazón, que es la tumba de mis más caras ilusiones!... Ah! no, no...

## VII.

¿Quién es *ella?*

Ondinas del Bétis, que oísteis su voz; Ninfas de la selva, que admirásteis sus deliciosas formas, ¿quién era la angélica muger que deslizándose fantástica entre el rayo de la luna, cruzó ante mí en la ribera del cristalino río, regalándome una mirada intensa llena de supremo amor, murmurando una palabra arrebatadora, impregnada de ternura y de voluptuosidad?

¿Era ángel ó muger?

Ah! no lo sé... Yo la veo entre los rayos de la luna, entre la fronda del bosque, entre la blanca niebla de la aurora; oigo su voz entre los suspiros de las auras, entre el dulce murmurio de las fuentes; siento su encendido aliento al aspirar el perfume de las flores; veo la luz de sus ojos entre la luz del sol...

Y sin embargo, cuando la busco para abrazarla, para decirle *te amo*, no la encuentro ni en el valle, ni en la sierra, ni en el río, ni en la floresta....

¡Y cómo he de hallarla, si *ella* es la vírgen de mis sueños, la eterna ilusión del poeta, el ideal de mi pensamiento, la brillante creación de mi delirio!...

## VIII.

Vírgen de nacarada frente, tú, que murmuras á mi oído himnos de amor; tú, que eres el brillante astro que ilumina la noche de mi existencia; tú, que eres un pedazo de mi alma, porque te he dado vida, porque vives en mi pensamiento; tú, muger sin nombre, ilusión mía, preside mis sueños de poeta, porque te amo; te amo, sí, como las flores aman el rocío, como las aves aman el blando nido en que nacieron, como los ángeles aman á Dios...

Vírgen de melancólica sonrisa, se tú el purísimo númer de mis amores: mi corazón será tu palacio, tu altar, tu trono... Cuando llegue mi hora postrera, quiero sentir tu aliento sobre mi frente, quiero que tus lábios pronuncien en mi oído la última palabra de amor!

Vírgen de lánguidos ojos, que bello será morir contigo bajo las blandas alas del ángel de la melancolía!

M. J. Ruiz.

## EL AMOR DE LAS FLORES.

Llena el alma de quebranto,  
Busca espansion, luz anhela:  
Pero el invierno la hiela  
Bajo su fúnebre manto.



Finja el poético encanto  
De otra estacion los primores:  
Y de los duros rigores  
En que mira su tormento,  
Huya ráudo el pensamiento  
Para soñar con las flores....

Ya el ruiseñor á deshora,  
Estro buscando en la luna,  
Alza un himno á la fortuna,  
Gime, ruega, trina, llora.  
Ósculos mil atesora  
La fuente, que al gozo espera.  
Ya el mundo se regenera.  
¡Flores! brotad sin tardanza,  
Que ya magnífico avanza  
El sol de la primavera.

Ya os arrullan con anhelos  
Mil cefirillos alados:  
¡Vivid! os dicen los prados,  
¡Amad! os gritan los cielos.  
Ya entre verdes limpios velos  
Resplandecéis peregrinas:  
Ya os columpiáis sobre espinas  
En los vástagos flexibles:  
Ya en los cendales movibles  
De las ondas cristalinas.

Aire, luz, gloria, belleza,  
Música, lujo, contentos,  
Son los dones opulentos  
Que os brinda naturaleza.  
Si alguna vez la riqueza  
Santa parece á mis ojos,  
Es cuando libre de enojos,  
Sirviendo á puros amores,  
Los inunda en resplandores  
Y los defiende de abrojos.

No es quimérica ilusion,  
Es realidad esplendente:  
Amais con rica y ferviente  
Y abrasadora pasion.  
Y aun sospecha la razon  
Que hay un divino momento,  
En que cruza un pensamiento  
Por vuestra eléctrica vida,  
Y en vuestro fondo se anida  
El ángel del sentimiento.

Dichosas, dichosas flores,  
Que de amor gozais en calma,  
Y cuando amais con mas alma  
Teneis mas gratos olores.  
Ansiando aroma y colores,  
¡Cuántas niñas celestiales  
Os llegan á sus corales,  
Y guardan con loco ardor  
Vuestros suspiros de amor  
En sus pechos virginales!

Vuestros tálamos egregios,  
Dejadme ver, de ambrosía:  
No cerreis á la sed mia  
Vuestros pabellones régios.  
Mi lira, exhalando arpégios  
Tan solo del alma oidos,  
Quiere bañar sus sonidos

En vuestras puras esencias:  
Reverentes mis potencias,  
Embriagados mis sentidos.

No fugitiva impresion

En vuestra hermosura siento:

Es inmortal ardimiento,

Gloria, encanto ¡religion!

A ofrecer mi corazon

Viene, con fé solitaria,

Triunfante de su contraria

Fiera turba de dolores,

A la castidad loóres

Y al amor una plegaria.

Dejad que mi voz errante,

Que os venera y os bendice,

Voluntaria se esclavice

En vuestro espíritu amante:

Y pura en él, se levante

Sobre las olas del viento:

Y el azul del firmamento

Traspassando en su victoria,

Suba, entre coros de gloria,

De Dios el eterno asiento.

Jamás mi lira, desnuda

De la gratitud que hoy siente,

Se romperá tristemente,

Cayendo en el polvo muda.

Vuestra memoria la escuda

Contra los duelos avaros:

De vuestros timbres preclaros

Eco será la primera....

¡Oh flores, tendrá siquiera

Un himno para ensalzaros!

*Julio de Equilaz.*

Diciembre.—1867.

## EL ÚLTIMO SUSPIRO.

(ANÉCDOTA.)

*¿Qué es la vida...*

«Una cadena de flores,  
cuyos eslabones de espi-  
nas pasan por nuestros  
ojos alucinando nuestra  
vista.»

(*María.*—Las cuatro  
estaciones.)

I.

Érase una mañana calorosa de las que se dejan sentir en los Trópicos, en los meses de Mayo á Julio.

Es decir, que por la época en que dá comienzo esta historieta, rodaba sobre nuestras cabezas el gallardo y refulgente Febo, haciendo su anual visita á Cáncer y Capricornio para acercarse mas tarde á Leo, cuyo circulo recorría.



Terminaba, pues, el mes de Julio del año de gracia de 1860.

El siempre batallador Marte, había colgado su aljaba por entonces, y Minerva extendía sus brazos sobre el imperio marroquí, cuya bandera y armas habían arrollado y vencido en veinte combates los valientes soldados del ejército de España. La bahía de Ceuta veíase cuajada de embarcaciones grandes y chicas, mercantes y de guerra, de todos países: el castillo del Hacho vomitaba fuego por todas sus troneras: las mil banderas de los buques anclados en las aguas ondulaban envueltas en una nube de humo, producido por el estampido de cien cañones, que rompían los vientos, y el eco venía á resonar alegremente á la Península.

En la población todo era placentera algazara, alegría, placer sublime... ¡La paz...! La paz...! era la voz, que unánime se escuchaba salir de mil bocas. ¡La paz...! repetían los ecos.

## II.

En medio de tal bullicio, dos personas mirábanse tristes... ¿Por qué allí tanta amargura? ¿Por qué en aquellos corazones tanto pesar, y tantas lágrimas en sus ojos, cuando la generalidad se divertía...? ¡Desgraciados! Oid... y lo sabéis, lectores...

Don Fernando de Acuña y Cea, descendiente de una de las familias más nobles de Aragón, como buen patricio, y ardiendo en sus venas la nunca desmentida sangre de su hidalga raza, ofreció su vida y su espada en pró de la guerra que España sostenía á la sazón con el imperio marroquí.

El joven Acuña hacía dos años que por razones particulares de familia había perdido y obtuvo la licencia absoluta como teniente del regimiento de caballería de Bailén.

Tres ocasiones bastaron para que el valeroso don Fernando se diese á conocer ante el ejército, y el general en jefe de aquel puñado de valientes premió al ara-

gonés cubriendo su pecho con la honrosa condecoración de la Cruz de San Fernando laureada.

La guerra terminó, y nuestro héroe regresó á la Península lleno de gloria y ostentando la insignia de capitán.

## III.

Ah! el indomable destino pesaba sobre su frente; tanta ventura iba á convertirse en amargura... Tres seres estaban acachados por la segur maldita del mal destino.

Don Fernando de Acuña era presa también de la enfermedad reinante en Ceuta. El valeroso capitán, el honrado caballero, y el cumplido oficial, sucumbía, como otras víctimas, á impulsos del cólera. —El plomo enemigo había respetado su vida. —La mano oculta del destino arrancaba otra vida...

Su muerte dejaba sumida en el pesar más acerbo á su prometida; en el desconsuelo más desgarrador á sus padres...

Misterio incomprensible para los más, que se dejarán conducir en la creencia del padecer. —Don Fernando de Acuña fué llamado por Dios á la otra vida, donde recibirá del Altísimo el galardón debido á una virtud no desmentida.

Unos dirán: ¡Pobre Acuña...! murió... Yo exclamo: ¡Feliz Fernando, cuya memoria será imperecedera!

## IV.

Hemos dicho al principio que dos personas eran tal vez las únicas, que no tomaban parte en la alegría que por aquellos momentos embargaba á todos en la invencible Ceuta.

Y así era cierto.

Los que padecían eran una joven como de 18 años, esbelta, gallarda, noble en su pensar; el armiño envidiaba su color, y sus cabellos rubios como el oro, cayendo desprendidos al descuido sobre sus hombros daban á su figura una imitación de las vírgenes de Jericó. La otra, era como de unos 42 años; su fisonomía respetable daba tal encanto á sus facciones,



que producía en quien la contemplase la admiración de unos, la veneración de todos.

—¡Pobre Angela...! ¡pobre hija mia..! murmuró la de más edad, en los momentos en que la vemos.

—¡Madre..! madre mia..! Fernando..! Ah...!—Fueron las únicas frases que pudo articular la joven. La hermosa niña cayó en un abatimiento tal, que su desconsolada madre temió por la vida de su idolatrada hija.

—Hija...! hija mia..!—decía la buena doña Amparo.—Angela... Angela mia!... repetía entre sollozos y suspiros.

—Madre mia..! soy muy desgraciada..! Fernando..! Fernando..!

Y aquella encantadora criatura rompió á llorar.

Los que presenciábamos aquel cuadro, lloramos también.

Lágrimas rodaban por las mejillas de todos.

(Se concluirá.)

## MISCELANEA.

Nuestro apreciable suscriptor el señor don Luis Herrera, catedrático de literatura en el Instituto de segunda enseñanza de Cabra, ha obtenido el primer premio, consistente en una lira de plata, en el certámen poético celebrado en Lérida por la Academia Bibliográfico-Mariana. Personas que han tenido ocasión de leer la oda del señor Herrera nos hacen los mayores elogios de ella, asegurándonos que se distingue tanto por la belleza y elevación de sus pensamientos como por lo fácil y correcto de su versificación. Damos á dicho señor la mas cordial enhorabuena por el honroso triunfo literario que acaba de obtener.

Parece que por ahora no tendremos ópera en esta capital. Ante el retraimiento del dinero se han declarado en quiebra los gorgoritos. ¡Bonitos están los tiempos para música! habrán dicho... las grandes fortunas.

Al hacer la corrección del número anterior, nuestros cajistas, recordando sin duda la proximidad del Carnaval, tuvieron la ocurrencia de disfrazar el tercer verso de la linda poesía de nuestro apreciable colaborador don Jose F. Sanmartín y Aguirre, en términos que ni éste ni nosotros le

hemos conocido después. El espresado verso debe leerse así:

Junto á ella duerme Luz.

Han tenido la amabilidad de visitar nuestra redacción nuestros apreciables colegas literarios el *Periódico de la Infancia*, de Madrid, *La Juventud*, de Ecija, y *El Eco de Guadalajara*. Dámosles las mas espresivas gracias y les devolveremos la visita.

Se nos remite la siguiente solución á la charada inserta en el número anterior:

Si tienes sembrada *Avena*  
y *Ana* tu novia se llama,  
el *Ave* me dá la *Llave*  
para encontrar la *AVELLANA*.

Brabra.

Jerez, 23 de Enero de 1868.

## CHARADA.

Prima y segunda es palabra  
que usa mucho la marina;  
tercera y cuarta tenemos,  
y siempre el hambre mitiga;  
en la córte y en la aldea  
se vé la tercia con quinta,  
que si debajo te coge  
ó te mata ó te lastima;  
tercera, prima y segunda  
es reinado de mentiras,  
tras el que austeros se acercan  
de penitencia los dias;  
animal, y muy preciado,  
son la tercia, cuarta y quinta;  
y si hallar el *todo* quieres  
fija en el mapa tu vista  
y lo hallarás, de seguro,  
si con cuidado lo miras.

Bertoldo.

## REGALOS.

Los respectivos al presente mes se adjudicarán desde el 1 al 6860 en el sorteo de la lotería que se ha de celebrar el 31 del actual.

Editor responsable, D. Abelardo Diaz.

CÓRDOBA:—1867.

Imprenta de *El Guadalquivir*, Pescadores, 17.